

siado á nuestras costumbres; pero nos valemos de ellas para juzgar acerca del modo de pensar del que las ha escrito, e inferir que si este autor contemporáneo hubiese estado persuadido de que habían perecido mas de diez mil personas, no lo hubiera disimulado; y esta es la razon que nos mueve en parte á preferir su opinion á la de los demás historiadores, que tenían todos un vivo interés en abultar el mal. Papiere Masson habria deseado que este hubiera sido mayor, y por lo tanto no temia que pasase á la posteridad tal cual habia sido. El martirologio de los protestantes, La Popeliniere, autor calvinista; Mr. de Thou, apologista de los hugonotes; Sully, aficionado á sus errores; y Peresfixe, preceptor de un rey á quien queria inspirar sentimientos de humanidad, trataban de hacer detestables á los actores de aquella tragedia; por lo tanto habian de exagerar sus efectos, y esto es un motivo para que se mire como sospechoso lo que ellos cuentan.

A esta conjetura hay que añadir las pruebas literales, que si no son decisivas podrán por lo menos hacer que se dude de lo que ha escrito acerca del particular el que tenía mas medios para estar bien instruido, el mayor interés en no omitir hecho alguno, y la mas violenta propension á exagerar. Hablamos del martirologio de los calvinistas, en quien no podemos menos de observar varias contradicciones. Si habla en general del número de las personas que sucumbieron en aquella jornada, supone que fueron treinta mil; si entra en mayores detalles, no cuenta mas que quince mil ciento treinta y ocho; y si las designa, no nombra mas que setecientos ochenta y seis. Deducir de este pequeño número de personas designadas que no habo mas que ochocientas victimas, seria una consecuencia muy aventurada; decir que perecieron mucho menos de quince mil ciento treinta y ocho, cuando el autor, con toda su atencion no ha podido recoger mas que los nombres de setecientos ochenta y seis mártires, es una conjetura casi equivalente á una demostracion. En efecto, ¿cual podia ser la intencion de aquel compilador de partidas mortuorias? No podia ser otra, segun lo anuncia el mismo titulo de su volumen en folio, que conservar la memoria de los que habian perecido por la religion. Debe, pues, suponerse que el autor ha buscado y conservado con el mayor

esmero aquellos nombres tan respetables para su secta, y no debieron escasearle los medios de poderlo hacer: el celo de unos, la vanidad de otros, y el interés particular, asi como el comun, debieron ponerle en posesion de innumerables documentos justificativos, sobre todo en los primeros momentos de la acción, cuando los ánimos estaban muy impresionados y las ideas muy recientes, que es la época en que escribió su historia. A pesar de todo, no pudo recoger mas que setecientos ochenta y seis nombres, entre los que hay algunos de tan poca importancia, como por ejemplo, *maese Poelon, calderero en Bourges*, que parece puede creerse que no se olvidó de nada, ó que rebogió indistintamente todo lo que vino á sus manos para aumentar el número de los mártires y el volumen del martirologio.

Hasta las cosas al parecer mas pequeñas, son interesantes en una discusion critica, bien sea para robustecer las conjeturas, bien para producir en el ánimo del lector otras, por las que si no se puede llegar hasta el descubrimiento de la verdad, por lo menos se aproxima uno lo posible. Estas son las consideraciones que nos han movido á presentar aqui el cuadro de los individuos de la secta que perecieron, y luego haremos sobre él algunas observaciones.

Número de calvinistas que perecieron en la jornada de San Bartolomé, sacado del martirologio de los calvinistas, impreso en 1582.

Nombres de las ciudades en que fueron muertos.	Número de los que solo se designan.	Número de los que se nombran.
Paris, en globo	10,000	468
Meaux	223	30
Troyes	37	37
Orleans	1,850	156
Bourges	23	23
La Charité	20	10
Lyon	1,800	144
Saumur y Angers	26	8
Romans	7	7
Ruan	600	212
Tolosa	306	7
Bordeos	274	7
	15,168	786

Si despues de haber fijado la vista en ese cuadro de proscripción se lee la obra de donde

B. del C. Tomo XX. VII. - Historia Eclesiástica - Tomo V.

lo hemos tomado, se notarán contradicciones que llegan hasta un extremo absurdo. El autor, considerando en junto el número de los llamados mártires de Paris, supone que llegaron á diez mil; luego entrando en detalles no cuenta mas que cuatrocientos sesenta y ocho; y aun para componer esa suma dice que perecieron veinte y cinco ó treinta en el barrio de la Cruz del Trahoir, treinta en la calle Bethivy, diez y seis en las prisiones, veinte en solo dos casas, todos los que habitaban en el puente de Nuestra Señora, y así de los demás, y de todos estos desgraciados solo nombra ciento cincuenta y dos. Seria pues preciso creer que en esa suma total de 10,000 hay un cero de equivocacion, y que no fueron sino 1,000. Esta es la opinion de La Popeliniere, y es tanto mas probable cuanto que puede apoyarse en una cuenta (1) que obra en la casa de ayuntamiento de Paris, de la que aparece que el preboste de los mercaderes y regidores de la ciudad habia mandado enterrar mil y cien cadáveres en los alrededores de Saint-Cloud, Auteuil y Chaillot. Es cosa sabida que á escepcion del cadáver del almirante, que fué espuesto al público en las bocas patibularias de Montfaucon, y el de un librero llamado Oudin Petit, enterrado en la cueva de su casa, todos los demás fueron arrojados al Sena. Carros cargados de cadáveres de niños, mujeres, ancianos y hombres de todas condiciones, dice el martirologio (2), eran conducidos y descargados en el río. Mas como los cadáveres atraídos por la corriente vinieron á ser depositados, parte en un islote que entonces habia enfrente del Louvre, y parte en la isla llamada de los Cisnes, fué preciso pensar en darles sepultura por temor de que infestasen las aguas y el aire, y se dió la comision de enterrarlos á ocho sepultureros, que en ocho dias, si hemos de dar asenso á lo que tales hombres dicen, enterraron mil y cien cadáveres. Si fuera muy esencial discutir esta cuenta, no nos faltarían fuertes presunciones que hiciesen muy sospechosa su fidelidad, pues apenas es posible que los ocho sepultureros pudiesen dar sepultura en igual número de dias á una multitud tan considerable de ca-

dáveres, puesto que habia que sacarlos del río y luego cavar hoyos bastante profundos para evitar la corrupcion; debiendo tenerse presente que el terreno en que habian de verificarlo era muy sólido, y en gran parte pedregoso. ¿Cómo, pues, cada uno de aquellos hombres pudo enterrar por su parte ciento treinta y siete cadáveres en ocho dias? Cosa es esta difícil de creerse y de hacerse. Por lo tanto bien podemos presumir que aquellos hombres, poco delicados por estado y por naturaleza, no tuvieron escrúpulo de aumentar el número de cadáveres para poder hacer otro tanto con sus jornales, y verosimilmente no hubo nadie que inspeccionase si era ó no cierto lo que decian: de manera que con arreglo á la opinion de La Popeliniere, quiero suponer ó conceder que las personas asesinadas en Paris llegasen al número de mil.

Otras razones nos persuaden que tambien hay equivocacion en el número de victimas de Orleans: el mismo que las recogió no designa mas que ciento cincuenta y seis, y luego pareciéndole sia dada demasiado reducido este número, y que él por su parte no podia aumentarlo, dice que los asesinos se jactaban de haber hecho morir hasta mil ochocientas personas. He ahí pues una prueba poco jurídica. Ella nos trae á la memoria el subterfugio del historiador Mr. de Thou, que no pudiendo sin faltar al pudor, aumentar tampoco el número de los que perecieron en Paris, mas que hasta el duplo de la suma presentada, treinta años antes por La Popeliniere, y queriendo inducir á la posteridad á que supliese con la imaginacion lo que con tanto dolor suyo cercenaba en su narracion, cuenta la anécdota de un tal Crucé, á quien dice haber oido muchas veces jactarse, presentando insolentemente su brazo desnudo, de haber degollado con aquel brazo en el dia de la matanza mas de cuatrocientas personas. Y para dar á esta anécdota todo el viso posible de verosimilitud, dice el autor que el hombre aquel tenía una fisonomía verdaderamente patibularia. Pero, ¿cómo no reflexionará el autor que no habiendo segun su propia confesion, perecido mas de dos mil personas, no pudo el llamado Crucé, á pesar de su brazo desnudo y su aspecto criminal, hacer por sí solo cuatrocientas victimas? Si él solo mató cuatrocientas, ¿qué dejó que hacer á los demás? Para

(1) Véase al fin de esta Disertacion.
(2) Pag. 713, fol. vuelto.

vez se encuentra la verdad allí donde falta la verosimilitud; y este es el error que el martirográfico comete cuando exagera el número de los asesinatos de Lyon. Por de pronto dice que ascendieron á unos trescientos cincuenta poco mas ó menos, luego afirma que perecieron unas mil quinientas á mil ochocientas personas, y como los verdugos y los soldados se negaron á tomar parte en aquella matanza, dice que fué llevada á cabo por solas seis personas. No es menor su inconsecuencia al referir lo ocurrido en Tolosa, donde dice hubo trescientas seis víctimas, pero sin nombrar ni una sola de ellas; y cuenta que segun él, egecutada aquella carnicería por orden del gobierno, no habia mas egecutores que seis ó ocho estudiantes callejeros y otros bribones (1).

En vista de lo que acabamos de decir, se puede formar una idea del número de desgraciados que perecieron en aquella triste jornada, reduciéndole á mucho menor suma que la que han presentado aun los escritores que con mas moderacion han tratado sobre el particular. Dejamos este cuidado al lector: cada cual podrá formar su cálculo segun lo mas ó menos que le hayan afectado las observaciones que hemos presentado á su vista. Mas si á pesar de esto se quiere tener una regla que pueda servir para formar un cálculo aproximado, téngase presente que el martirográfico no pudo, cuando entró en pormenores, hacer pasar de cuatrocientos sesenta y ocho el número de víctimas de París, en lugar de las diez mil que se aventuró á suponer considerándolas *en globo*; que en Orleans no designa mas que ciento cincuenta y seis en lugar de mil ochocientas cincuenta; que no supone por de pronto mas que trescientas cincuenta en Lyon en vez de mil quinientas á mil ochocientas; que cuenta seiscientas en Ruan aunque solo nombra doscientas doce; que supone trescientas seis en Tolosa, aunque no dice el nombre de ninguna, y doscientas setenta y cuatro en Burdeos, de las que no nombra mas que siete. De manera que, borrando de la lista que él presenta nueve mil en París, seiscientos noventa y cuatro en Orleans, mil cuatrocientos cincuenta en Lyon y doscientos en Ruan, donde acaso el número de los asesinados sería el

(1) Pág. 730, folio vuelto.

duplo de los que él designa con sus nombres, mas de doscientos en Tolosa, y otros doscientos por lo menos en Burdeos, cuya matanza no principió sino mucho tiempo despues de haberse restituido la calma en todo el reino, no quedarán ni dos mil víctimas, y esas serán efectivamente á lo sumo las que perecieron en aquellos aciagos dias de luto y de horror.

Examínese, calcúlese, exagérese cuanto se quiera; si en París no perecieron mas que mil personas, como lo afirma Mr. La Popeliniere, historiador calvinista y el mas contemporáneo del suceso, es muy difícil creer que en las demas ciudades ocurriera mayor número de víctimas, mayormente si en la capital fué aún menor el de estas como lo he probado por el testimonio de quien tenia mas motivos de saber hasta los menores detalles de aquel suceso. Y ¿qué crédito merece nada de cuanto se ha escrito sobre el particular, cuando hasta en los hechos mas sencillos incurren los historiadores en manifiestas contradicciones? cuando no están de acuerdo ni en cuanto á la herida del almirante ni en cuanto á la actitud en que se hallaba al recibir la muerte? Mr. de Aubigné, dice que una bala le fracturó el dedo grueso. Mr. de Thou quiere que fuese el indice de la mano derecha. Segun estos dos autores, le entró otra bala en el brazo izquierdo, y Villeroy cuenta (1) que fué en el derecho. Segun Mr. de Aubigné, cuando entraron los asesinos, el almirante estaba de rodillas junto al lecho; segun Mr. de Thou, estaba en pie detrás de la puerta del aposento: el autor de los Hombres ilustres dice que estaba sentado en un sillón, en traje de casa, esperando tranquilamente el golpe mortal, y el P. Daniel le supone acostado en la cama, desde la que le hace hablar muy tíerhamente con Besme. Tampoco están de acuerdo en lo relativo á su cráneo: unos dicen que fué llevado al otro lado de los Alpes, otros que pasó los Pirineos; y yo por mi parte digo que en Chatillon-sur-Loire, en el féretro que contiene los helados despojos de aquel fogoso protestante, hay huesos que pertenecen al cráneo.

Y á vista de esto ¿qué hemos de creer de la carabina de Carlos IX? Brantome es el único

(1) Mem. de Villeroy, t. 4.

que ha hablado de ella. Mr. de Aubigné dice una sola palabra sobre este particular, pero usando, contra su costumbre, de tanta discrecion, que parece temer reproducir semejante fábula. Mr. de Thou tampoco habla de ella, y no será por consideraciones á Carlos IX, supuesto que le designa con el epíteto de *rabioso*. Brantome tiene buen cuidado de decir que la carabina no alcanzaba tan lejos. *Entonces yo me hallaba*, dice él, *en nuestro embarque de Brouage* (1). No se refiere, pues, mas que un rumor, de que nadie se atrevió á volver á hablar en aquella época, y que el duque de Anjou no hubiera dejado de contar en su conferencia con Miron, supuesto que habla de aquella misma ventana (2) desde donde se supone que Carlos IX hacia fuego sobre sus vasallos. «El rey, mi madre la reina y yo, dice este príncipe, fuimos á la portada del Louvre que está junto al juego de pelota, á una pieza que cae á la espalda del edificio, para ver principiar la ejecucion (3).» Si Carlos IX hubiese hecho fuego sobre sus vasallos, era por cierto una circunstancia digna de no omitirse, pues acaso era tambien la única que pudiese hacer caer casi toda la parte horrible de aquel suceso sobre aquel monarca, y es verosímil que el duque de Anjou no hubiera dejado pasar semejante ocasion; por lo cual debe juzgarse que es un aserto tanto mas desprovisto de apariencia de verdad, cuanto que el rio estaba menos cubierto de gente que huyese, que de los suizos que le atravesaban para proseguir la abominable tarea en el arrabal de San German, por manera que el rey habria hecho fuego contra sus tropas y no contra sus vasallos. Ni ¿cómo se puede poner de acuerdo esta inhumanidad premeditada, con aquel impulso de horror que tanto la reina madre como el rey sintieron al oír el primer pistoletazo? «Oímos en aquel instante tirar un pistoletazo, aunque no puedo decir hácia qué sitio, ni si causó algun daño, pero sé muy bien que su sonido nos afectó á los tres hasta el punto de perturbar nuestros sentidos y nuestra reflexion.» Esta confidencia, tan desnuda de artificio, causará tambien en los ánimos mas impresion que el aserto de un

(1) Elogio de Catalina de Médicis.

(2) Es el balcón del guardamuebles.

(3) Man. de la Bibl. del Rey, t. III.

poeta que para aparentar que todo lo sabia, y añadir una especie de testigo de vista al rumor de que habla Brantome, asegura que el mariscal de Francia mas sabio y prudente le habia contado que sabia aquel hecho por boca del page que cargaba la carabina.

Añadiremos por via de reflexion critica, y como para servir de suplemento al artículo *Ginebra* de la Enciclopedia, que el autor de aquel artículo, demasiado instruido para no comprender los verdaderos motivos de la estremada resolucion de Carlos IX, hubiera podido valerse de su instruccion para cerrar la boca á los señores de Ginebra, cuando no pudiendo escusar la crueldad de Calvino ni justificar la rigurosa sentencia dada contra Servet, recurren á la recriminacion, último baluarte de los que se ven asediados por el peso de las razones. ¿Qué hubiera efectivamente podido responderle la academia entera de aquella república, si él les hubiese dicho: No hay paridad entre un acto puramente llevado á cabo bajo pretesto de servir á la Religion, y una ejecucion verificada con la única mira de salvar al rey y al Estado? No importa que esa mira fuese ó no sana, y los medios permitidos ó ilegítimos.... Pero basta ya de tantos horrores.

*Excidat illa dies aevo, nec postera credant
Saecula, nos certe taceamus.*

Estos son los versos que el primer presidente Mr. de Thou repetia siempre que se hablaba de aquellas desgracias. Los Ensayos sobre la Historia general no tienen ningun fundamento para atribuirselos al canciller de L'Hopital.

Extracto de un libro de cuentas del ayuntamiento de Paris.

«A los enterradores del cementerio de los Santos-Inocentes, veinte libras (*moneda francesa*) mandadas dar por el preboste de los mercaderes y regidores de la ciudad en libranza de 13 de setiembre de 1572, por haber enterrado, en ocho dias, mil cien cadáveres en los alrededores de Saint-Cloud, Auteuil y Challuau.»

Nota. Se habia espedido otra libranza en nueve de setiembre, importante quince libras, dadas á buena cuenta á los mismos enterradores.